

# El retorno de los charlatanes

A raíz de la elaboración de los artículos anteriores, pude constatar la extendida influencia de los nuevos profetas. Y este es un hecho que no deja de admirarme, por más que sea esperado.

El supuesto don de la profecía ha sido admirado, y temido, a lo largo de toda la historia. Desde quien "hecha las cartas" en la camilla de la salita por unas pocas monedas, a quien "bucea" y "estudia" textos antiguos, obteniendo conclusiones "académicas" que pronostican el futuro, todos consiguen la atención de un gran número de personas, que en buena parte tienen un nivel cultural más que aceptable, o ello se supone.

¿Qué es lo que resulta tan atractivo y, a la vez, neutraliza nuestra capacidad crítica? Es evidente que todos sentimos curiosidad por el porvenir. Y también es verdad que, consciente o inconscientemente, somos concedores de la estructura cíclica de la vida. Nacimiento y muerte. Por tanto sabemos en nuestro interior que si pudiéramos explorar el futuro, solo hay que llegar lo suficientemente lejos para encontrarnos con hechos que nos pondrán "los pelos de punta" (nuestra propia muerte o la destrucción parcial o total de nuestra civilización). Es algo que resulta inevitable, este cercano o no dicho día. Pero nos rebelamos ante ello y buscamos "alternativas" de pervivencia. De ahí el éxito de la religión, que nos conforta prometiéndonos una existencia infinita en el más allá. Por otra parte, el miedo activa nuestro cuerpo. La adrenalina nos prepara para huir o luchar, y es tal su estimulación que podemos llegar a convertirnos en verdaderos adictos a ella. El puenting es un ejemplo de cómo una práctica provoca un "subidón" que engancha. Y sin actividades tan arriesgadas y extremas, los amantes del cine de terror también buscan la consiguiente descarga de adrenalina al ver sus películas favoritas. No deja de resultar curioso el hecho de pagar la entrada del cine para que "nos asusten".

Es muy posible que el origen de esta ambivalencia se remonte a los más lejanos tiempos, cuando nuestros antepasados, de noche y sentados alrededor de la hoguera, transmitieran conocimientos básicos para la supervivencia, en forma de relatos y cuentos, a los miembros más jóvenes del grupo. Unos relatos que, probablemente, resultaban a la vez excitantes y aterradores.

Pero hoy las cosas deberían haber cambiado. No digo que debemos perder lo que de divertido y maravilloso pueda tener la fantasía. Pero lo deseable es saber diferenciar entre realidad y ficción. Seguro que todos compartimos la idea de que ciertas cosas están bien para ciertas edades. No nos parece mal que los niños, hasta cierta edad,

puedan tener un "amigo imaginario". Pero también es verdad que si este hecho se prolonga en el tiempo, vamos a tener serias preocupaciones por la salud mental de quien así se comporte. Pues lo mismo debería pasarnos con otras creencias que en realidad son igual de absurdas.

Y si hay gente que busca, a veces con desesperación, respuestas a preguntas que en realidad no pueden ser respondidas, siempre encontraremos a alguien dispuesto a inventárselas. Son los nuevos charlatanes, entre los que se incluyen a los nuevos profetas, y a estos últimos me refiero en este artículo (de los vinculados a las religiones ya me he ocupado en artículos anteriores y serán objeto de otros futuros artículos).

Repito que no deja de asombrarme la eclosión de profetas en la actualidad. Y en especial de aquellos que, desde cátedras universitarias, hacen uso de su capacidad oratoria para, de una forma más o menos clara, alinearse con unas ideas que deberían ser manifiestamente rechazadas por los ámbitos cultos. Flaco favor hacen a la cultura cuando permiten ser utilizados, bajo el "principio de la autoridad", para defender la irracionalidad. Algunos se inclinan sin disimulo hacia la superstición. Otros "nadan y guardan la ropa", procurando dejar una puerta abierta para desdecirse si el entorno académico les cuestiona. Pero en todo caso demuestran una clara falta de objetividad científica. Mi única duda es si creen realmente lo que están afirmando o si, por el contrario, simplemente participan de este circo porque da dinero. En cualquier caso su credibilidad es nula.

No es necesario esforzarse mucho para encontrarlos. Su presencia es habitual en documentales supuestamente serios. En **Canal de Historia** es habitual la programación de tales documentales, junto a otros de impecable calidad, en los que aparecen tales individuos que, sin el más mínimo ápice de visión crítica, son capaces de asumir como propios planteamientos de lo más absurdos. Parece mentira que un canal televisivo supuestamente serio y dedicado a la difusión cultural de cabida a tales productos.

También es verdad que la mayor parte de tales personajes provienen de universidades norteamericanas, y de algunas pocas europeas que han sufrido la "contaminación" del modelo yanqui. Y ello es así porque junto a los grandes presupuestos que dotan a muchas de dichas universidades y que les permite ser las punteras en el desarrollo de la investigación técnica (eso sí, siempre supeditada a los intereses del capital), cualquier "conocimiento", por peregrino que sea, puede ser objeto de investigación o estudio, brillando por su ausencia el deseable espíritu crítico.

Tales apoyos sirven de base para lo que podemos considerar el negocio de la profecía: la edición de libros de millonarias tiradas, de "expertos" que nos advierten de los peligros de un futuro más o menos inmediato. Ellos han sido lo suficientemente inteligentes para descubrir los mensajes ocultos en distintos textos antiguos (aquí puedes sustituir "textos antiguos" por lo que más te guste: Biblia, textos de Nostradamus, textos mayas, textos del antiguo Egipto, etc.) Invariablemente ello da lugar a un libro donde el susodicho investigador da a conocer a la opinión pública su gran descubrimiento. No le mueve el interés económico, si no su afán en advertir a la humanidad de lo que se le avecina. Claro que si van a parar a su cuenta corriente algunos miles de euros, ¡Tampoco va a decir que no!. No se entiende muy bien que se aplique el copyright a sus publicaciones. Si le mueve un deseo altruista y nos comunica el fin del mundo ¿Para qué le va a servir el dinero?

Tanto "expertos visionarios" como sus avaladores universitarios, son plenamente conscientes que un "*eso es todo amigos*", es decir el fin total y absoluto de la humanidad, no es rentable. Si lo que viene es el verdadero final, ¿Por qué voy a preocuparme? ¡A vivir que son dos días! Así pues siempre se deja un resquicio, una puerta para que o bien sea evitable, o bien haya un grupo de elegidos que se salvarán. Así cada uno de los posibles adeptos/lectores puede autoconvencerse de que él estará entre el grupo de elegidos. Ello da pie a que puedan ser editadas secuelas del libro premonitorio, donde se darán las indicaciones sobre el camino de salvación. Incluso es posible montar organizaciones encaminadas a tal fin. Con los consiguientes beneficios económicos, por supuesto.

Los principios básicos de este proceso no se diferencian demasiado de la generación de algunas religiones, y de hecho en las "desviaciones paranoicas" de estas creencias proféticas, ha habido casos en que han dado lugar a sectas (la diferencia entre secta y religión es en realidad tenue, muy, muy tenue, si es que existe).

Uno de los usos y abusos más frecuentes en los nuevos profetas es el recurso a la ciencia. Sí, puede parecer mentira, e incluso un acto de cinismo, pero es habitual tal opción. Por supuesto no me estoy refiriendo a la práctica científica, si no a la utilización de un conocimiento científico de forma sesgada y sacada de contexto. Resulta fácil coger un hecho confirmado por la ciencia, manipularlo y presentarlo como aceptado por la comunidad científica, pero dándole una interpretación totalmente arbitraria. Y resulta fácil porque la evolución del conocimiento humano en el último siglo ha sido tan rápido y tan intenso que resulta difícil y complicado tener un conocimiento amplio de todo lo descubierto y desarrollado.

Terriblemente lejos queda la época del Renacimiento, cuando en una misma persona se aunaban arte y ciencia, pintura y arquitectura, ingeniería y matemáticas. Hoy resulta difícil mantenerse al día en una única especialidad. Y ello desanima a la inmensa mayoría a intentar, en el margen de las posibilidades de cada cual, tener el mayor conocimiento posible. Si a ello añadimos que los sistemas educativos están pensados para hacernos buenos productores y buenos consumidores, pero matan todo germen de curiosidad y de escepticismo crítico, la credulidad se convierte en el pan nuestro de cada día.

Aunque lo deseable sería invertir la situación actual y que la credulidad -en todas sus variantes, incluyendo las de carácter religioso- fueran la excepción y no la regla, existe un problema de fondo para conseguirlo. El poder ha utilizado siempre todo aquello que le ha servido como medio de control. La credulidad es una condición básica para ejercer el poder. Una sociedad incrédula, crítica es mucho más difícil de controlar. Así pues desde los resortes del poder no se ve mal un grado suficiente de credulidad que facilite su ejercicio. De ahí la histórica alianza poder-religión. Hoy y en el caso que nos ocupa, esta alianza se reconvierte en poder político – poder económico, donde ambos obtienen beneficios. Puestas así las cosas, difícil es que el poder público intervenga para racionalizar la situación. El sacrosanto mercado está por encima de todo y Don Dinero manda.

Esta es la realidad y mucho me temo que voy a seguir teniendo mucho material para seguir escribiendo artículos contra tanto majadero y/o “espabilado” durante mucho tiempo.